

MAYA GONZÁLEZ, J. L. y CUESTA TORIBIO, F. (eds.) (2001): *El Castro de La Campa Torres. Período Prerromano*. Gijón: VTP Editorial/Ayuntamiento de Gijón. 408 pp., 166 figs., 8 fotografías. ISBN: 84-89880-38-7.

Dando continuidad al plan sistemático de publicación de los resultados del “*Proyecto Gijón de Excavaciones Arqueológicas*” sale a la luz, con un cierto retraso, la monografía correspondiente a las excavaciones de los niveles prerromanos del castro gijonés de La Campa Torres, incluida dentro de la serie *Patrimonio* patrocinada por el Ayuntamiento de esta ciudad del Cantábrico. La obra se nos presenta bajo el formato de una coordinación científica por parte de los directores de las excavaciones arqueológicas efectuadas desde principios de los años ochenta, que se encargan además del aspecto histórico-arqueológico, acompañándose este trabajo de quince apéndices firmados por diversos especialistas de diferentes universidades españolas, y muy especialmente de la de Barcelona.

José Luis Maya¹ y Francisco Cuesta Toribio se encargan del trabajo titulado “Excavaciones arqueológicas y estudio de los materiales de La Campa Torres”, que se constituye en el cuerpo del trabajo al integrar en él los resultados de los diversos análisis realizados en el yacimiento desde muy diversas disciplinas. Como el propio título de la obra indica, este análisis se efectúa únicamente sobre los niveles prerromanos del poblado, es decir, aquellos que van desde la fundación del castro como tal en el siglo VI-V cal. BC hasta la llegada de Roma en el I cal. BC. Tras el correspondiente estudio sobre el entorno en el que se ubica el yacimiento y la historia de su investigación, los autores nos introducen en las características del poblamiento del yacimiento, de su economía y sociedad y en el de su cultura material. En síntesis, podríamos decir que, tras un incendio del bosque

preexistente durante el Bronce final, se funda el poblado con mayor probabilidad entre los siglos VI-V cal. BC, contando desde esos momentos con una monumental muralla de “módulos”, peculiar técnica que parece autóctona de los astures transmontanos². Una de las mayores novedades que este trabajo aporta es la construcción de una elaborada relación entre la estratigrafía y los materiales, reforzada por una serie de diecisiete dataciones C¹⁴ calibradas, que nos permiten la definición, por primera vez en un castro asturiano, de tres horizontes culturales claramente prerromanos, y que reivindican para el yacimiento gijonés el papel de ser el castro que zanjó la tan, en otros tiempos, debatida cuestión de la existencia o no de una Edad del Hierro prerromana en el territorio de la actual Asturias. Este poblamiento se articula detrás de la muralla, donde encontramos numerosos restos de las actividades diarias así como de la principal actividad del castro a lo largo de toda su existencia: la metalurgia del bronce. El tipo de vivienda es la cabaña circular en materia perecedera o, en algunos casos, con basamento pétreo. Cada uno de esos horizontes nos muestra gran cantidad de cerámicas que denotan influencias desde diferentes ámbitos culturales: el mundo castreño del NO y, sobre todo, la Meseta Norte, que deja sentir su influencia no sólo en la cerámica sino también en numerosos productos metalúrgicos (broches de cinturón, fíbulas, etc.). Por el contrario, en la llanada interior del yacimiento, la Campa propiamente dicha, sólo podemos intuir los niveles prerromanos que parecen arrasados por la nivelación de época romana, aunque testigos de esos tiempos son una serie de cubetas relacionadas con los procesos metalúrgicos, algunos materiales encontrados en dos de los pozos de captación de agua y en diversos materiales encontrados aquí y allá bajo las estructuras de época romana.

Aspecto especialmente interesante es el de la aparición en niveles muy tardíos (ss. III-I a.C.)

¹ Poco más de un mes después de presentarse esta monografía en La Campa Torres, el profesor Dr. D. José Luis Maya González fallecía inesperadamente sin apenas poder saborear la que, sin duda, fue una de sus más queridas obras. Sirva esta modesta, pero sincera, nota como emocionado homenaje a quien, pese la distancia, consideramos como uno de nuestros *maestros*.

² La obra clarifica en buena medida, mediante criterios estratigráficos, arqueológicos y sedimentológicos, la discusión sobre la cronología de dicha muralla, puesta en entredicho recientemente (Camino, 2000).

de unos tipos cerámicos asimilables a ciertas producciones de los castros zamoranos que, a su vez, vienen considerándose influencias del mundo Soto de Medinilla. El problema de la tardía pervivencia de estos materiales, no constatados en niveles anteriores del castro, es una cuestión no resuelta en el estudio; si bien la proyección del ambiente del Soto sobre los castros del NO siempre ha estado latente a la hora de explicar parte de los fundamentos de la Cultura Castreña, comenzando hoy a ver más nítidamente esa posible influencia a través de los castros leoneses de la vertiente sur de la Cordillera Cantábrica (Celis, 1996). En cualquier caso, tampoco debemos olvidar que el final de la denominada *Fase de Madurez* del Soto, hoy por hoy, puede llevarse, al menos, hasta el siglo IV a.C., puesto que en algunos yacimientos leoneses como Valencia de Don Juan, Villacelcena o San Juan de Torres esta fase parece transcurrir hasta el 450-300 a.C. (Celis, 1996).

De igual relevancia son los diversos aspectos relacionados con la economía del poblado, tanto en cuanto a comercio como a ganadería, agricultura y metalurgia. Si bien han sido detectados restos de *Triticum dicoccum* y *Hordeum vulgare*, así como de trigo indeterminado, las condiciones del entorno del castro son claramente desfavorables para las prácticas agrícolas, teniendo como contraste una importante cabaña ganadera de ovejas, cabras, cerdos, algunos caballos y, sobre todo, vacuno, complementándose esta actividad con la pesca, el marisqueo y la recolección de bellotas, avellanas, nueces y castañas. Sin embargo, la característica más destacada de este yacimiento es su importante actividad metalúrgica en relación con la producción de pequeños objetos de adorno realizados en bronce desde el mismo nivel fundacional. Y será esta actividad metalúrgica la responsable de un comercio que artera esporádicamente a gentes mediterráneas que portarán toda una serie de productos de lujo —cerámicas griegas e ibéricas, pero no fenicias, ánforas greco-italicas y Dressel 1C— que parecen hablarnos de una vía por el Cantábrico oriental que, remontando el Garona, viene desde Aquitania.

Además, a estos datos que nos hablan de una elite dirigente, hemos de sumarles el hecho de

que La Campa Torres era un yacimiento jerarquizador del territorio, pues otros castros más cercanos debieron de supeditarse a él, estableciéndose muy probablemente una red de pequeñas granjas de orientación agropecuaria —no conocidas arqueológicamente—, que abastecerían a este gran centro de los deficitarios productos agrarios, al estilo de lo que ocurre en Centroeuropa (Wells, 1988; Andouze y Buchsensschutz, 1989). Complejidad que, probablemente, pueda extenderse a buena parte de las comunidades castreñas del centro de Asturias, agrupadas en *gentes*, a las que recientemente ha dotado de un nuevo y original contenido M.^a C. González Rodríguez (1997).

La obra se complementa con los estudios sobre aspectos concretos del yacimiento debidos a M. Bergadà (análisis micromorfológico de la secuencia estratigráfica); O. Mercadal (estudio paleoantropológico de los restos óseos); F. Burjachs (análisis polínico); R. Buxó y C. Echave Jiménez (restos paleocarpológicos); H. Nava Fernández y M.^a A. Fernández Casado (improntas); S. Albizuri (arqueozoología de los siglos II y I a.C.); C. Nores y J. A. Pis Millán (determinación de una escápula de ballena); J. Serrallonga (material lítico no modificado voluntariamente); J. J. Treserres y J. M. Maya (análisis preliminar de indicadores microscópicos y bioquímicos); S. Rovira Lloréns y P. Gómez Ramos (metalurgia prerromana); M.^a J. Conde (cerámica ibérica); C. Carreras (ánforas) y J. A. Rodríguez Asensio (materiales líticos de tipología paleolítica).

Se trata, en definitiva, de la primera monografía moderna sobre un castro asturiano, que reúne gran número de datos así como de gran calidad, obtenidos a través de un número más que significativo de campañas de excavación, lo que permite un conocimiento global del yacimiento, algo que no es frecuente en el NO español, donde, con las honrosas excepciones del castro pontevedrés de Torroso (Peña Santos, 1992) y del proyecto Médulas (Sánchez-Palencia, 2000), las publicaciones exhaustivas de yacimientos son muy escasas. Hay muchos aspectos positivos en el trabajo, no siendo el menor de ellos la sistematización de una tipología cerámica sustentada en un contexto estratigráfico que

supera con mucho lo realizado hasta el momento en este sentido³. Sin embargo, hay algunos aspectos que desearíamos que se hubieran tratado con mayor detenimiento, si bien es cierto que en alguno de los casos el registro arqueológico no permite mayores concreciones; así, por ejemplo, destacamos la problemática ya citada anteriormente sobre la pervivencia de materiales tipo Soto con una cronología muy tardía; una mayor definición sobre el origen local de las murallas de “módulos”; la relación del yacimiento con el entorno, pues se apuntan ideas muy novedosas y de gran interés (definición de los territorios gentilicios, existencia de asentamientos dependientes, etc.); la interpretación sobre la existencia de restos humanos en contexto habitacional; o, finalmente, cómo se produce el encuentro entre los habitantes del poblado (*cilúrnigos*) con Roma, aspecto éste donde La Campa Torres ofrece una información excepcional. En cualquier caso, la monografía que presentamos viene a cubrir un vacío bibliográfico y de estudios que esperemos que en un futuro próximo dote al complejo castreño asturiano de una entidad que queda muy desdibujada actualmente hasta en las más acabadas y modernas síntesis (Fernández-Posse, 1998).

Luis R. Menéndez Bueyes

Bibliografía

- ANDOUCE, F. y BUCHSENSCHUTZ, O. (1989): *Villes, villages et campagnes de l'Europe celtique*. Paris.
- CAMINO MAYOR, J. (2000): “Las murallas compartimentadas en los castros de Asturias: Bases para un debate”, *Archivo Español de Arqueología*, 73, nº 181-182, pp. 27-42.
- CELIS SÁNCHEZ, J. (1996): “Origen, desarrollo y cambio en la Edad del Hierro de las tierras leonesas”. En *ArqueoLeón. Historia de León a través de la Arqueología*. León, pp. 41-67.
- FERNÁNDEZ-POSSE, M.^a D. (1998): *La investigación protohistórica en la Meseta y Galicia*. Madrid.
- GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, M.^a C. (1997): *Los astures y los cántabros vadinienses. Problemas y perspectivas de análisis de las sociedades indígenas de la Hispania indoeuropea*. Vitoria.
- MAYA GONZÁLEZ, J. L. (1987-1988): “La cultura material de los castros asturianos”. Monográfico de *Estudios de la Antigüedad*, 4/5. Bellaterra.
- PEÑA SANTOS, A. DE LA (1992): *Castro de Torroso (Mos, Pontevedra). Síntesis de las Memorias de las campañas de excavaciones 1984-1990*. A Coruña.
- SÁNCHEZ-PALENCIA, F. J. (ed.) (2000): *Las Médulas (León). Un paisaje cultural en la Asturia Augustana*. León.
- WELLS, P. (1989): *Granjas, aldeas y ciudades. Comercio y orígenes del urbanismo en la protohistoria europea*. Barcelona.

³ El único acercamiento sistematizador se debe precisamente a J. L. Maya, quien en la publicación de su tesis doctoral (Maya González, 1987-1988) realizó un loable intento de clasificación de las cerámicas castreñas asturianas en base a los materiales del Museo Arqueológico de Oviedo.